

“El Bichi”

En el mismo aeropuerto en que Mario Yager se despidió de su papá, Mario Javier Firmenich conoció al suyo. El día del desembarco militar en Malvinas, el 2 de abril del año 1982, Mario Javier partió de Córdoba e inició un largo viaje para ser libre. Tenía cinco años y no lo llamaban Mario (o Mario Javier como lo harían después para diferenciarlo de su papá). De hecho cuando conoció a su mamá “La Negrita” era simplemente “El Bichi”.

Tras ese largo viaje madre e hijo bajaron del avión en México, ella apretándole muy fuerte la mano a él. En el hall central esperaba Mario Eduardo Firmenich, alias “Pepe”, el Comandante, el número uno de Montoneros. Y de su mano estaba María Inés, que había pasado un poco más de cinco años sin ver a su mamá y que había sido sacada de la Argentina por su tía Soledad, la hermana de “La Negrita”.

Su madre había estado presa en Argentina, el padre exiliado en Cuba y en México, además de los viajes por Europa.

María Inés había pasado muchos días con sus noches en la guardería de La Habana, “El Bichi” en el hogar para chicos huérfanos que el padre Francisco Luchesse construyó en Villa Allende, en las afueras de Córdoba capital.

La niña había sido criada sin creer en la Iglesia, el pequeño rezando junto a su cama cada mañana al despertar, cada noche antes de irse a dormir, con misa diaria y bendiciendo los alimentos en cada comida.

A María Inés no le gustaba la leche con la comida. En Cuba la obligaban a tomar un vaso grande con el almuerzo. En el hogar de Mario Javier no alcanzaban ni las partidas propias ni las donaciones para los cien litros de leche diarios que hubieran necesitado y menos para untar el pan con manteca. “Marinés” conocía toda la verdad desde que tuvo uso de razón. Marito hacía poco sabía que tenía un papá, una mamá y hasta esa hermana mayor. Para él, la figura paternal era la del cura del hogar. “Era muy recto, de gesto duro. Era el santo, era el padre de todos nosotros”, se emociona al recordarlo tras regresar de adulto y con su propia familia y comprarse una casa a pocos kilómetros de Villa Allende, en el pintoresco pueblito de Salsipuedes.

Cuando en el aeropuerto Firmenich alzó por vez primera

a su hijo, “El Bichi” le hundió las yemas de los dedos en el pelo. “Lo admiré desde ese momento, para mí pasó a ser como antes era el padre Luchesse, que lo veía grande y me generaba respeto”, revela en la primera entrevista de estas características que se atreve a dar, porque su nombre y su palabra frente a los demás, pesan. “Imaginate, voy a buscar un documento y me llaman en voz alta: Mario Firmenich. Todos se dan vuelta y me preguntan qué tengo que ver y digo que soy el hijo”, revela con una sonrisa porque Mario casi siempre sonríe cuando no ríe a carcajadas gigantes.

Y así, riéndose y sin llorar, cuenta su vida y la cuenta solo él porque de los Firmenich es el único que se atreve a hablar. Y arranca aquel día en que detuvieron a su madre, cuando desde un Falcon verde alguien la señaló en el momento en que ella llegaba a una cita. La secuestraron y la llevaron a Coordina (Coordinación Federal sobre la calle Moreno en la Capital Federal). María Elpidia, “La Negrita”, negó conocer a Firmenich. Bajo tortura, finalmente admitió que era su mujer aunque intentó aclarar que estaban separados. No le creyeron y hubo festejo entre los represores ese día en que la convirtieron en su rehén.

La Policía Federal tenía “el botín”, pero la Marina presionó para que le entregaran a “La Negrita” cuya detención, como un “trofeo de guerra”, fue legalizada unos meses después. La trasladaron entonces al pabellón 49 de la cárcel de Devoto adonde enviaban a las presas políticas “blanqueadas” como ella.

Hasta que fue visiblemente inevitable la mujer de Firmenich ocultó su embarazo. El 24 de diciembre del 76 nació Mario a quien además llamó Javier porque era el “nombre de guerra” que usaba el jefe de Montoneros cuando conoció en Córdoba a la que sería su esposa. El parto fue en la enfermería de la cárcel en la semana 24 de embarazo. Sólo un kilo y medio pesaba Mario Javier al nacer. Contra todos los pronósticos, sobrevivió. Su mamá lo hizo inscribir como hijo de madre soltera con su apellido: Martínez. El bebé estuvo tres meses en incubadora y apenas uno en el pabellón de presas políticas con su mamá. Cuando se cumplió el plazo permitido para que el niño estuviera en el penal “la jefa de guardiacárceles le dijo a mi abuela que ella se iba a quedar conmigo, que no me entregarían”.

Entonces empezaron las negociaciones. La que se ocupaba de eso era la abuela María Elpidia Martínez Agüero, quien alternaba las visitas a su hija en la cárcel con los viajes a Trelew para ver a “Polo”, otro hijo preso. Además viajaba a Brasil, adonde se exiliaron sus hijos Diego y Gabriel. Su hijo José Agustín estaba desaparecido desde el 28 de enero de 1976 y por eso también se ocupaba de otros dos nietos que vivían en Córdoba.

Pero era el momento de rescatar al bebé y la señora de Martínez Agüero regresó a Villa Allende, en las afueras de Córdoba capital, y buscó al padre Luchesse, que era sacerdote penitenciario además de dirigir un hogar de niños huérfanos; también era hombre de confianza de la familia.

De hecho el padre de “La Negrita” había sido su padrino de ordenación. El cura y la abuela fueron y volvieron juntos de Villa Allende a Buenos Aires y viceversa. Los contactos del cura pesaron y de vuelta se llevaron al bebé para “camuflarlo” detrás de los muros del orfanato.

Era mediados de 1977 cuando el bebé se convirtió en “El Bichi”. Como todos los bebés, durmió en la pieza de “la Tata”, quien dirigía el hogar junto al padre Luchesse. Una enorme habitación con camas contra la pared y cunas pegadas a las camas. Era una pieza a la que costaba llegar, porque el lugar fue construido casi como un laberinto y había que saber en qué pasillos doblar para llegar hasta allí. En las camas grandes dormían mujeres jóvenes que se hacían cargo de los más chiquitos. De a poco “El Bichi” se convirtió en el niño mimado de “la Pato”, una adolescente que fue a colaborar y se quedó a vivir. De a un día por vez ocupó el lugar de mamá y él, allí y en Devoto había pasado más tiempo en la incubadora –tres meses exactamente– que con “La Negrita”, olvidó que tenía una madre y por seguridad nadie le habló de ella.

Anónimo entre otros cuatrocientos chicos, algunos abandonados, otros hijos de padres detenidos (ninguno, excepto él, por razones políticas), otros huérfanos desde chiquitos, “El Bichi” tampoco supo su nombre y mucho menos su apellido.

Si a alguien se le hubiera cruzado una sospecha, no era lugar para preguntas y el padre Luchesse no daba explicaciones ni se las pedían. El cura tenía por costumbre sentar al chico junto a él en cada comida y cuando aprendió a caminar, le puso una sillita de madera en primera fila en la capilla para tenerlo siempre a la vista, incluso cuando oficiaba misa. La capilla fue construida en la Casa Dos, la de los varones, ubicada a unos cien metros de la Casa Uno, que era donde vivían los bebés y niños pequeños como “El Bichi”, las niñas y las adolescentes. Al niño le gustaba ir y caminaba con sus pasos cortos cuesta arriba, atravesaba el puente por sobre el Arroyo Seco que bajaba por detrás de la casa principal y se colaba en la casa de los chicos más grandes. Ahí también el cura tenía su oficina, cerrada con llave, su baño y su habitación. Y desde su muerte, allí, en un pequeño patio interno descansan sus restos y los de “La Tata”, enterrados frente a dos árboles cuyos troncos se entrelazan mientras sus ramas se alzan hacia el cielo y al llegar al techo se vuelven a dividir en dos y se extienden hacia cada lado de la casa, como abrazando los techos.

Las entrevistas con Mario duraron varios días. Nos conocimos en un bar frente a Plaza de Mayo, un día que viajó en colectivo a hacer algunos trámites en la ciudad de Buenos Aires. Me dijo esa mañana que antes de la noche regresaría a Córdoba, porque no le gusta separarse mucho de sus tres hijos, porque tiene que ocuparse de ellos. Ese día aceptó participar en el libro con un único pedido más que condición: que yo viajara a conocer el hogar del padre Luchesse. “Tenés que verlo”, me invitó. Dos fines de semana después, era Pascua y viajé en un colectivo directo a Salsipuedes. El Viernes Santo hablamos por horas debajo del árbol de la casa que compró a medio terminar. La eligió no solo por el precio sino y sobre todo porque tiene un quincho con parrilla donde reúne amigos con quienes habla hasta la madrugada de política. Tiene además un jardín enorme donde con sus hijos y su mujer intentan cultivar zapallos y otras hortalizas. Con mate hablamos hasta que el sol se ocultó. Y al día siguiente, Sábado Santo, me citó en la terminal de ómnibus y de ahí nos fuimos al hogar en Villa Allende. Al llegar me sentí como él me decía que se sentía su abuela cada vez que iba de visita. Mujer de “alta sociedad”, del barrio más caro de Villa

Allende, llegaba siempre simulando una visita de caridad con dos bolsas grandes de caramelos que no alcanzaba a repartir porque los chicos del orfanato se los arrancaban de las manos apenas la veían. Sin decir que era la abuela, casi nunca faltó a los eventos importantes como el primer cumpleaños de “El Bichi”, cuyo festejo organizó el propio padre Luchesse. También a mí los niños me pidieron caramelos mientras algunos grandes y chicos se colgaban del cuello de Mario y gritaban: “Llegó El Bichi, vengan que está El Bichi”. Entonces él pidió que me mostraran el lugar y dos nenas se pelearon por hacerlo. Terminé con una aferrándome cada mano y yo, al descubrir los más recónditos recovecos, imaginaba dónde había ocurrido todo lo que el día anterior Mario había compartido conmigo. Imaginé al cura mirándolo aquel día y viéndolo igualito a su padre montonero. El día en que el sacerdote advirtió que “El Bichi” tenía el mismo lunar en la mejilla que su padre y que aun entre cuatrocientos chicos sería muy fácil identificarlo cuando lo fueran a buscar. Y el cura estaba seguro de que eso ocurriría. La única diferencia era que el niño tenía el lunar en la comisura de la boca del lado izquierdo y no en el derecho. Tomó una decisión y no le tembló el pulso. Buscó una hojita de afeitar y le rasuró el lunar. No hay quien recuerde si “El Bichi” lloró y cuánto –si es que lo hizo–, pero todavía hoy, a los 36, si se lo mira con atención se ve la cicatriz que le dejó la “operación”, una pequeña línea blanca en el pliegue de su risa.

Por lo menos tres veces fueron a buscar a Mario hijo al hogar del padre Luchesse. Las tres veces el cura se negó a entregarlo, algunos dicen que no se lo entregaría ni a los militares ni a los montoneros por los temores de su madre de que algo le pasara fuera del hogar. La cuarta vez, según algunos testimonios, el propio Firmenich habría desistido y los que estaban prontos a viajar a buscarlo se quedaron en México. La versión familiar es que “La Negrita” no quería, que algo le habían dicho estando presa para que se negara a que el Comandante mandara por el niño. Otros testimonios hablan de amenazas que suenan lógicas con ella dentro de una cárcel y su hijo en un hogar cordobés.

Cuando los militares llegaron finalmente un día a la “Obra”, el sacerdote habló con Susana, una mujer de tiernos

ojos celestes que había dejado su cómoda vida para vivir en el hogar. Todavía era joven y los años con los niños no habían encorvado su espalda cuando supo la verdad. “El Bichi es hijo de María Elpidia, hay que sacarlo por atrás”, ordenó el cura mientras pedía también que el resto de los niños fueran a jugar en el ingreso al hogar para distraer a los militares. Susana corrió, puso al niño en brazos de otra colaboradora y la acompañó hasta la puerta trasera justo antes de que los militares se perdieran en los pasillos en su infructuosa requisa. Desde ese día el cura reforzó el control sobre el pequeño. “Hay que tenerlo vigilado, saber siempre dónde está”, cuenta Mario Javier que pidió el sacerdote. Y revela que el padre así instruyó a Susana, que si no controlaba al niño ponía a un adolescente detrás de él o a “La Pato” que le hacía de mamá en ese hogar cerrado con cadenas y candados de noche pero con todas las puertas y portones abiertos de día. Se dice que posteriormente hubo intentos de rescate organizados por los hombres comandados por Firmenich. Según algunos testimonios, hasta el secretario de la Organización, “Pascualito” Montoto, y la cuñada de Firmenich, Soledad, viajaron clandestinos para sacar al niño del país y llevarlo a la guardería en La Habana. Nadie revela las razones por las que no se logró. Según Mario hijo, la que temía que al intentar rescatarlo fuera asesinado o llevado a un hogar militar era “La Negrita”. El cura le había prometido tenerlo con él y cumpliría.

Había casado a Firmenich y su mujer en la clandestinidad y los conocía desde hacía mucho, sobre todo a ella que había dado clases de apoyo escolar a los chicos en el hogar. Mientras tanto “El Bichi” se formaba con los códigos de la institución, aprendía a compartir lo que había y a no tener nada más que lo puesto, a comer lo que le daban sin quejas ni berrinches, a ser feliz sin saber lo que se sentía tener un papá y una mamá. Fue bautizado con el cura y la esposa de su tío desaparecido como padrinos, en un bautismo colectivo. Creció oculto entre tantos iguales, detrás de esos anchos muros levantados por los jóvenes y bajo la dirección del cura. Construían con piedras, cemento, maderas y botellas. Incluso “El Bichi” ayudaba y corría detrás de los más grandes pero él elegía las piedras más chiquitas, las que no le pesaban en sus manitos más pequeñas que las del resto de los niños de su edad.

–¿Te sentías solo, sufrías como huérfano? –le pregunto.
Responde tan rápido como piensa.

–No. Porque no tenías la sensación de ser huérfano en el hogar. No tenías sentimiento de orfandad porque tenías naturalizado que tu papá era el padre y tu mamá las mujeres que te cuidaban. Calculo que naturalmente uno se encariñaba con aquella que se encariñaba con vos. El hogar es como una gran familia y La Pato me había medio adoptado. Cuatro años tenía “El Bichi” cuando un día supo que sí tenía mamá. Fue cuando “La Negrita” llegó al hogar a cumplir “prisión domiciliaria”, en diciembre de 1981. “Ese día el cura le dice a todos los grandes de la obra que María Elpidia, a quien todos conocían ahí, era mi mamá, que yo era su hijo. Y entonces me saca de La Pato y me entrega a mi mamá –rememora Marito–. Fue así, ‘a lo bruto’, por lo que yo me escapaba del cuarto donde estábamos con mi mamá y me iba a dormir con La Pato”.

Cuando se estaba adaptando a saber que tenía mamá, supo de golpe que también tenía un padre. Tenía cinco años y cuatro meses cuando el gobierno de facto ordenó el desembarco en las islas Malvinas y se inició una guerra con el Reino Unido. Y el mismo 2 de abril, mientras Fidel Castro –que apoyó a la Argentina en el conflicto armado– se presentaba en la Comandancia de Montoneros a preguntar qué opinión tenía al respecto Mario Firmenich, su hijo empezaba a saber de él. Era de madrugada cuando el padre Luchesse despertó a María Elpidia. “Se declaró la guerra por Malvinas”, le explicó él y ella, que por esos días le consultaba todo, le preguntó qué le parecía si ella huía. “Y, mejor día no hay para que te vayas”, la animó el sacerdote.

Al rato llegó la abuela y junto a su hija y su nieto se fueron a la terminal de ómnibus de Córdoba capital. Tuvieron que esperar la salida del micro, y por primera vez el “El Bichi” comió en un bar.

Las dos mujeres estaban serias y él, ajeno a lo que ocurría, las detuvo en el momento en que estaban por empezar

a almorzar. “Hay que bendecir los alimentos”, las amonestó y se puso a rezar.

El viaje de Córdoba a Misiones fue largo. “En el camino mi mamá me contó toda la historia. Me contó que tenía un papá y una hermana. Me dijeron ella y mi abuela que iba a conocerlos”, revela mientras le vienen flashes a la mente en lo que se ve jugando a la pelota, mirando tele en el cuarto de “La Tata” y fascinado por los videos del grupo Kiss o haciendo fila en el mes de marzo para que los raparan a todos antes del comienzo de clases, de manera de evitar el contagio de piojos. La otra imagen en su cabeza es él y su mamá trepando al techo del hogar, en medio de una inundación, aquel día en que desbordó el Arroyo Seco, que nunca tiene agua excepto cuando “viene la crecida”. Flotaban muebles, cabras, perros y gatos y los adultos ayudaban a los niños a subir mientras no paraba de llover. “Él –dice por el padre Luchesse– nos hizo subir a todos al techo. Empezó a rezar y cuando el agua estaba al borde del techo paró la crecida, aunque seguía lloviendo, y el agua comenzó a bajar. Por eso piden su beatificación”, relata. Las Cataratas del Iguazú fueron el gran descubrimiento para el niño. En ese momento lo conmovieron más que conocer la verdad sobre su origen. “Recuerdo el impacto que me provocó conocer que afuera del hogar había otras cosas, me acuerdo que en un hotel nos estaba esperando el hermano más chico de mi mamá, Diego, y Jair Krischke del Movimiento de Justicia y Derechos Humanos de Brasil y que de ahí cruzamos la frontera caminando. Me acuerdo de ir a una casa en San Pablo y asombrarme mucho porque al entrar en la sala, una especie de living, las paredes estaban cubiertas por peceras con tortugas y las tortugas me miraban”, se vuelve a reír pensándose de cinco años con los ojos clavados en el vidrio y el agua. Ahí los recuerdos se le amontonan: conoció a sus primos, hijos del “Turco” Haidar con su primera esposa y los dos hijos que tuvo con Soledad, la hermana de “La Negrita”, a quien también le presentaron en Brasil.

Y después de conocer tanta gente conoció a su papá y a su hermana. No se olvida Mario Javier –a quien su mamá al salir de la Argentina empezó a llamar por su nombre– la llegada al aeropuerto de México donde todos se reencontraron:

María Elpidia con su marido y con su hija y Firmenich y su hija con el pequeño Mario.

“Me acuerdo que mi mamá lo señaló y me dijo: Ese es tu papá. Yo fui corriendo y me tiré sobre él. Y lo que más me asombraba era la gomina en su pelo”, se vuelve a reír mientras explica que era “muy poco civilizado” y que “le caminaba por arriba a mi papá, lo tocaba, le revolvía el pelo”.

La casa donde el “Pepe” vivía recibió varias visitas para conocer a su hijo, para saludar a su mujer. El Mundial de Fútbol de 1982 que se jugaba en España era una excusa también para juntarse y ver los partidos televisados. Y se hicieron tiempo para paseos, mientras se adaptaban los unos a los otros hasta que partieran a Cuba para el inicio de clases. En el Distrito Federal, los Firmenich visitaron un zoológico de animales sueltos. El auto en el que fueron era del Estado mexicano y lo conducían policías vestidos de civil. “Kojak” le decía Mario hijo a uno de los dos porque era calvo como el personaje de una serie de televisión. El niño allí se quedó impresionado con los leones y le preguntó a su papá, durante todo el camino de regreso, si el animal se había subido al techo del auto y cuando bajaran se los iba a comer. Las respuestas de su padre lo tranquilizaban. Igual que antes las que le daba el cura. A Marito le gustaba mucho la sal y chupaba los saleros. Su padre lo retaba y él casi que disfrutaba los regañones, porque el que lo retaba era su papá. Así que volvía a chupar el salero hasta que Firmenich en medio de una comida tomó la mano de su hijo y la llenó de sal. “Comela”, ordenó y Mario le pasó la lengua con ganas. En un segundo sintió asco y nunca más chupo un salero.

Pero así como inmediatamente –“como algo natural”, explica– Marito quiso a su papá y a su mamá, siguió conservando costumbres de niño institucionalizado que iba y venía en soledad. En México un día salió de la casa como hacía en el hogar, que queda al final de una calle en una zona semirural. Lo buscaron infructuosamente por todos lados. Cuando estaban a punto de empezar a desesperarse una voz mexicana les gritó “está acá”, desde una obra en construcción cruzando la calle. Lo encontraron a pura risa comiendo tacos con los obreros. Después del reto explicó que había ido a jugar, a ver la obra y a charlar.

En esos días en que todos se iban conociendo, Mario fue descubriendo a su hermana María Inés y ella a él.

A veces se tiraban juntos, la espalda contra el piso, a hablar como si fueran amigos y no hermanos.

Él hablaba en cordobés. Ella con acento cubano.

Ella sabía que él existía. Él recién se enteraba.

Él le recitaba los meses del año: “Enero, obrero, marzo, abril”.

Y María Inés lo corregía: “Enero, febrero, marzo, abril”.

Mario repetía: “Enero, obrero, marzo, abril”. Los que lo escuchaban hubieran querido que lo dijera por montonero, por peronista, pero los que conocían su historia estaban casi seguros de que respondía así porque el hogar donde se crió era la obra del padre Luchesse y de los chicos (sobre todo de los grandes) que como obreros ayudaban en la construcción. También hablaban de Dios. “Ella no sabía, se había criado en Cuba con una lógica atea y yo le explicaba, en la terraza de la casa de la Comandancia en Barrio Satélite, en México –relata y agrega que le señalaba el cielo a su hermana mayor y le mostraba–: Mirá, esa nube se parece a Dios”.

“Nos hicimos muy amigos y desde entonces la relación se mantuvo así, de amigos”, repite Mario, que además siente que “nunca hubo competencia de hermanos, ella me tenía idealizado porque yo estaba en Argentina y jugábamos mucho y hablábamos mucho”.

Como tantos hijos de montoneros, también Mario tiene dos identidades. Desde que salió de Córdoba recuperó su nombre. “Bichi me dicen solo en el hogar –relata y agrega–: Mi mamá me decía Mario Javier y de más grande me llaman Mario”.

Le pregunto también qué sintió al conocer tanta gente nueva, familia y compañeros de sus padres a los que a veces escuchaba a escondidas.

–Yo los veía con mucha admiración. Sobre todo a los compañeros hombres porque las mujeres eran más tías en el sentido de malcriarme. La imagen que tengo es mucho más parecida a las de las fotos que se ven de aquella época donde se los ve serios, hombres que infunden respeto. Por ejemplo

Yäger me generaba mucho respeto. De algún modo los vinculaba con la forma de ser al padre Luchesse, para mí eran muy parecidos.

Apenas llegaron a Cuba en el mes de agosto de 1982 se fueron una semana a Varadero, de vacaciones, para conocerse más. Y ahí el niño vio por primera vez el mar. Pararon en un hotel de compañeros al que iban solo exiliados. Ahí Mario se hizo amigo de los cocineros y, como en el hogar, se escabullía cada vez que podía y casi siempre, sin pedirlo, le convidaban algo y él se quedaba charlando con ellos en la cocina.

De regreso a La Habana se instalaron solos los cuatro en una casa justo frente a la de Adolfo, el amigo, chofer y guardaespaldas de su papá. Pero no eran él ni los policías los que lo asombraban, casi que ya se acostumbraba a las custodias adonde fuera que estuvieran. “Me impresionaban los aires acondicionados y tenía tanta sed de noche que me iba a tomar el agua que caía de los aparatos”, dice aún con asombro y sin pudor.

También Mario Javier se quedó un tiempo en la guardería donde le tocó un avioncito como identificación en su silla celeste y en cada uno de los elementos que usaba. De ahí, donde estuvo un tiempo que no puede especificar si fue corto o largo, iba y venía a la escuela. La suya fue la escuela César Escalante, en Quinta y 26, justo frente a la Curia. El primer día lo llevaron su mamá y Jesús Cruz, el cubano que ayudaba a los comandantes y a los niños desde 1979 por orden del ministro del Interior. Parado frente al portón, aunque allí ahora ya no hay un establecimiento educativo, Jesús rememora en una charla conmigo el día en que Mario Javier arrancó primer grado: “Él entró solito, muy seguro se metió en la escuela, decidido caminó para adelante y nos dejó a nosotros ahí”. Es otro de los adultos a los que se les llenan de lágrimas los ojos cuando habla de los chicos.

En Cuba el hijo de Firmenich cambió de un plumazo religión por revolución. Algunas frases se le quedaron grabadas de la escuela: “Unidos por el comunismo seremos como el Che”, repetía cada mañana a la hora del ingreso. Su memoria por momentos prodigiosa guarda el olor a la masilla que usaban para jugar, el rostro de su maestra mulata, sus náuseas al tomar la leche y las flores que arrojaban al mar con los demás compañeritos de clase para homenajear a Camilo Cienfuegos.

Siente más allá del tiempo y la distancia el afecto de Estela en la guardería, también el de Susana, y la pecera donde se paraba a dar de comer a los peces en la entrada de la casa de calle 14. Antes de que terminara primer grado los Firmenich se mudaron a Bolivia, por lo que Marito no llegó a estar ni siquiera nueve meses en la isla. “Nunca más volví a Cuba, y el recuerdo que tengo es idílico”, acentúa antes de contar que otra vez emprendió un viaje largo, primero a México y luego a La Paz.

Esta vez fueron separados. Los chicos viajaron con la abuela, que los buscó en México. Los adultos, clandestinos. Ya corría 1983 y habría elecciones en Argentina. Creían ingenuamente que podrían operar en “el territorio” y aunque los que volvieron lo hicieron clandestinos, comenzaron a mostrarse más abiertamente. Se empezaban a armar locales políticos de todos los partidos y también Montoneros empezó a cobrar visibilidad.

Antes del cambio de poder, de militar a civil, habría más muertos en la Organización.

–Nunca nos escondieron nada, no nos contaban cuentitos de colores. Me acuerdo por ejemplo cuando mi papá nos contó que habían matado a Yäger –recuerda Mario Javier y las palabras se le vuelven lentas.

–¿Qué les dijo? –le pregunto.

–Estábamos en un departamento en Brasil. Mi papá nos llamó, estaba también mi vieja, mi hermana y yo. Mi vieja estaba embarazada otra vez. Él nos dijo “bueno, tengo que contarles que mataron al tío Yäger por ir a participar del proceso democrático que se viene en Argentina, porque queremos volver a vivir allá”.

–¿Qué sentiste?

–Me acuerdo de que fue un *shock*, es la primera imagen que tengo de una persona a la que conozco que muere. Me acuerdo que lloré, lloró mi hermana, lloró mi vieja y lloró mi viejo también.

–¿Tu papá lloró?

–Sí. Yo me acuerdo de la congoja que sentí. Lo mismo con la desaparición del “Turco” Haidar, aunque como fue en diciembre de 1982 teníamos la esperanza de que no lo hubieran matado. Me acuerdo que mi tía no quería que él volviera. Después de la guerra de Malvinas él quería entrar

al país. Me habían regalado una linternita chiquita que era muy divertida... estábamos en el auto con mi tía Soledad y mi abuela. La linternita se me había caído en el asiento de atrás del “escarabajo” y yo metía la mano para recuperarla mientras mi abuela y mi tía hablaban sobre la vuelta del “Turco” al país. Mi tía decía que cómo quería volver, que era riesgoso, que no se daban por enterados que los militares seguían en acción, que era como una ilusión querer reconstruir la democracia.

–En cuanto a los cinco años que pasaste en el orfanato, ¿qué sentís? ¿Qué pensás sobre tus padres?

–Nunca lo viví traumáticamente, por lo menos no en forma consciente. Siempre supe que ellos habían querido estar conmigo pero no habían podido. Tener una mamá y un papá era una bendición...

El regreso a la Argentina fue de la mano de su abuela materna. Se instalaron en Mendoza, donde Mario empezó primer grado otra vez. La abuela daba cobertura legal a Firmenich, que compró una casa para ella, Mario Javier y María Inés. También se sumarían a la casa su hijo Polo, que junto a su mujer tenían libertad vigilada.

En esa época los niños Firmenich empezaron a acompañar a su abuela a las marchas de Abuelas de Plaza de Mayo en Mendoza y gritaban: “Ahora, ahora, aparición con vida y castigo a los culpables”.

Unos días antes de la Navidad de 1983 volvieron a partir y Mario conoció Buenos Aires, desde donde se fueron a Brasil. Allí seguía Firmenich, ya con pedido de captura. El 25 de enero de 1984 nació Facundo Firmenich, el tercer hijo del “Pepe” y “La Negrita”. El 7 de febrero el jefe montonero quedó detenido.

“Yo miraba por la ventana y estaba lleno de periodistas y policías. Una pareja de amigos nos llevó al departamento de unos brasileiros vecinos y con esa familia salimos”, recuerda Mario Javier. Todo ese año Marito y María Inés se quedaron con su mamá en Río de Janeiro y luego en Brasilia y estudiaron, encerrados con manuales de Kapeluz, para rendir libre segundo y tercer grado respectivamente. Tras la extradición de Firmenich los tres chicos y la mamá regresaron también a la Argentina, a una casa en Isidro Casanova, cerca de las casas de varios de los principales dirigentes montoneros, incluso

de algunos de los niños con los que habían compartido tiempo en la guardería de La Habana y con quienes se reencontrarían para jugar y pasear como en la isla.

Cuestiones políticas y hasta económicas los fueron separando más adelante. Incluso hubo fuertes peleas por la negociación del indulto con el gobierno de Carlos Menem que firmó los decretos respectivos en diciembre de 1990 para la liberación –al mismo tiempo– de Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera, Orlando Ramón Agosti, Roberto Eduardo Viola y Armando Lambruschini, de las juntas militares.

De Juan Ramón Alberto Camps y Ovidio Pablo Riccheri, antiguos jefes de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. De José Alfredo Martínez de Hoz y Carlos Guillermo Suarez Mason. Y también de Mario Eduardo Firmenich, condenado a prisión perpetua en 1985.

El “perdón” y liberación de militares junto al jefe montonero para muchos dirigentes fue una traición y rompieron lazos personales y políticos con la Conducción.

Durante once años la familia vivió en un mismo lugar y sin mudarse, en tiempos en que se afianzaba la “teoría de los dos demonios”. Fue el período más largo en la vida de todos ellos en el que estuvo toda la familia junta.

“La Pitoca”

Como su padre de adolescente, Mario Javier dio el examen de ingreso en el Colegio Nacional Buenos Aires donde comenzó a militar con algunos de quienes en el gobierno de los Kirchner formarían la agrupación juvenil La Cámpora. Durante todo el secundario fue amigo de una jovencita llamada Ana. Incluso fueron compañeros de banco. Recien en sexto año Ana se anim a contarle que de niña la llamaban “La Pitoca” y que había estado como él en la guardería cubana. Mario la mir asombrado. En cinco años nunca habían hablado de eso.

–Pods preguntarle a tu papá sobre los míos? –pidió ella. El papá de Ana había desaparecido y su mamá, Marta, la había enviado a Cuba tras sumarse a la Contraofensiva de 1979 con su nueva pareja, Ricardo Zuker. En 1980 también se alistaron pero a poco de reingresar en la Argentina ambos se convirtieron en desaparecidos el último día del mes de febrero.

El mismo destino que tendría la mayoría de los que ingresaron ese verano.

A “La Pitoca”, cuyas anécdotas y juegos en la oficina de la calle Primera le dieron fama entre los adultos, la buscaron en la guardería sus abuelos maternos, que no aceptaron que la niña fuera criada por compañeros u otros familiares, como pidiera Marta antes de desaparecer. Según la reconstrucción de Cristina Zuker –hermana de Ricardo– en su libro *El tren de la victoria*, los abuelos callaron todo respecto a sus padres y en cambio le dijeron a Ana que ellos estaban trabajando en el exterior, ahorrando plata para volver, y que cuando finalmente iban a su encuentro, cayó el avión en el que volaban.

A Ana Victoria la adoptaron sus tíos, que le cambiaron el apellido materno en la escuela secundaria. Fue y vino en sus intentos por saber la verdad, se inscribió en la UBA en Ciencia Política, empezó a escribir y quiso estudiar teatro. Se reencontró con gente que conoció a sus papás y dejó de verla. Fue y vino. Preguntó y calló. En eso estaba cuando le diagnosticaron cáncer de lengua en 1995. Ana Victoria murió a los veinte años.

Amorcito

En octubre del año 1982 Amorcito Perdía regresó a la Argentina. Sus padres también, pero clandestinos. En febrero de 1983 se fue a vivir con su abuela para comenzar las clases en marzo. Vivió todo ese año recibiendo cartas de sus padres. Después de las elecciones, Amorcito recuerda haberse sentido feliz. Aunque perdió el justicialismo le dijeron que pronto estarían juntos los tres. Perdía le escribió una carta en la que le decía: “Nos estamos acercando, estamos más cerca. El año que viene estaré ahí”.

Eran tiempos en que las cartas tardaban en llegar. Así que para cuando Amorcito la recibió y luego de que terminara de leerla, su abuela se sentó con ella y le explicó que el nuevo presidente, Raúl Alfonsín, había firmado el 13 de diciembre un decreto, el número 157/83. Que ese decreto ordenaba la “persecución penal” de su papá Roberto Perdía y de sus “tíos” y otros miembros de la Organización: Mario Eduardo Firmenich, Fernando Vaca Narvaja, Ricardo Obregón Cano, Rodolfo Galimberti, Héctor Pardo y Enrique

Gorriarán Merlo.

La abuela no le explicó los detalles, pero se los acusaba “por los delitos de homicidio, asociación ilícita, instigación pública a cometer delitos, apología del crimen y otros atentados contra el orden público, sin perjuicio de los demás delitos de los que resulten autores inmediatos o mediatos, instigadores o cómplices”.

“Con pedido de captura tu papá no puede acercarse a la Argentina”, terminó su explicación la abuela.

“Fue una sensación de fracaso, sentí algo muy doloroso, pensé ¡para qué me sirve la democracia si no puede venir mi papá!”, recuerda Amor mientras se le quiebra la voz. También recuerda que al terminar el ciclo lectivo viajó a Brasil y ahí pasó un tiempo con sus padres mientras detenían a Firmenich. En Argentina, su madre fue a visitarla no más de dos o tres veces y por fin se reencontraron los tres en 1985 y en Cuba. Allí Amorcito terminó la escuela primaria para volver definitivamente a la Argentina, con su madre, en el año 1986. Su padre en cambio regresaría, junto con Fernando Vaca Narvaja, en 1989, tras el indulto que el entonces presidente Carlos Menem firmó en octubre de 1989 y que indultó a la totalidad de los altos jefes militares procesados y que no fueron beneficiados por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida sancionadas durante la presidencia de Raúl Alfonsín, con excepción del ex general Carlos Guillermo Suarez Mason. A acusados de subversión, que se encontraban prófugos, detenidos, excarcelados o condenados por error. Y a todo el personal militar, de la prefectura naval y de inteligencia que intervino en las rebeliones contra el gobierno constitucional en la Semana Santa de 1987, Monte Caseros (1987) y Villa Martelli (1988).

Fragmentos del libro La guardería montonera, de Analía Argento (Marea).